

443
—

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Wenceslao Urdapilleta
Por la Facultad

Francisco A. Duranti
Por el Centro de Estudiantes

Carlos E. Daverio
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Alberto Diez Mieres
Sr. Luis Moreno
Por la Facultad

José Botti
Por el Centro de Estudiantes

Oscar D. Hofmann
Por el Centro de Estudiantes

Año XVII

Junio, 1929

Serie II, N° 95

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Oraciones fúnebres pronunciadas en el acto del sepelio de los restos del doctor Suárez ⁽¹⁾

de Santiago B. Zaccheo

El Dr. Santiago B. Zaccheo, usó de la palabra en representación de la Universidad de Buenos Aires, de la Facultad de Ciencias Económicas y de la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

Ante la realidad desnuda del dolor, por la partida hacia la eternidad del que en vida fuera el Dr. José León Suárez, las palabras se ahogan en la garganta, las lágrimas empañan los ojos, y el pensamiento sólo alcanza a vislumbrar en confuso tropel el recuerdo de todo cuanto fué e hizo este querido muerto.

Su vida fué de un dinamismo estupendo. Durante ella sólo ha producido continuamente, sin contralor, sin preocupación del desgaste de energías; tenía un horizonte que recorrer, que llenar con obra, y su obra era interminable, era perennemente altruísta, vivía, aplicaba sus amplísimos conocimientos a la consecución de un ideal: el ideal de fraternidad por el que suspiró en sus mejores días, sentía y estaba convencido de que la familia humana necesitaba unirse, zanjar dificultades y rozamientos, para alcanzar la felicidad relativa que facilitara la tranquilidad y la dedicación al trabajo productivo exento de los sobresaltos que traen siempre aparejadas las ambiciones que sobrepasan los límites de la tolerancia y de la concordia para oír sólo el aguijón del egoísmo pernicioso e inhumano. Por ese principio sostuvo interminables polémicas, que en el orden internacional han sentado

(1) En el acto del sepelio de los restos del doctor José León Suárez, fueron pronunciadas diversas oraciones fúnebres, por distinguidos representantes de algunos Gobiernos extranjeros e instituciones del país, de las que reproducimos las pronunciadas por los representantes de nuestra Facultad.

doctrina y que especialmente por su americanismo noble tanto lo acreditaron y le señalaron como maestro consumado, en las cuestiones de Estado, en la rama internacional.

Desde muy joven y mientras llegaba al término de sus estudios universitarios, aplicó sus aptitudes sobresalientes al desempeño de cargos delicados en la Administración, donde descolló por la labor realizada; dejando especialmente en la Dirección General de Ganadería una organización que inició y encaminó en forma tal de que respondiera con toda eficiencia a la defensa y al crédito de uno de los más importante factores de nuestra economía. En el desempeño de esta función, puso siempre el incentivo que emanaba constante de la fibra tan natural de maestro que poseía; y que renovaba energías en su ser inquieto, sediento de aplicar a los organismos que tenía confiados a su dirección toda la savia que requerían para su florecimiento.

Es por eso que su inclinación halló amplio campo en la enseñanza, en la que culminó, destacándose con caracteres inconfundibles. Su alma henchida de bonhomía sincera transmitió a muchas generaciones de estudiantes, secundarios y universitarios, los conocimientos que impartía en sus clases, saturadas de sabiduría, pletóricas de ilustración y vastísima cultura.

Los que fueron sus alumnos en la Escuela secundaria de comercio "Carlos Pellegrini", anexa a la Facultad de Ciencias Económicas, tienen por su querido maestro el imperecedero recuerdo y la gratitud eterna por los consejos paternales que siempre surgían paralelos en las horas de clase, y que eran guías eficientes para la orientación en la lucha diaria de la vida; consejos que nacían espontáneos en él, ya que consideraba una obligación facilitar los conocimientos que para vencer las dificultades múltiples de la lucha por la existencia él había adquirido con su propio esfuerzo y sacrificio. En la cátedra universitaria de Derecho Internacional Público culminó siempre en sus enseñanzas, daba a sus conferencias todo el saber que emanaba del tesoro de su versación especializada, enseñaba sin reticencias, sin egoísmo, daba todo cuanto tenía su intelecto, que fué siempre extraordinariamente superior; y la juventud universitaria colmaba los desvelos del maestro que se desvivía por enseñar bien cuando ponía aplicación y empeño para asimilar sus enseñanzas.

De su versación en la materia, por otra parte universalmente reconocida, quedan innumerables escritos y conferen-

cias, y la última de ellas, con la que inaugurara el curso del año actual, la que pone de manifiesto todo cuanto valía este gran maestro, se agiganta la pérdida que produce su prematura desaparición.

En la Facultad de Ciencias Económicas fué todo, Profesor, Consejero, Delegado al Consejo Superior y Decano; llegó a este último cargo con el consenso de alumnos y profesores, y la designación le sorprendió estando lejos de la patria; circunstancia ésta que basta por sí sola para expresar la consideración que tenía conquistada. Le fué discernido el Decanato en un momento difícil para la Casa por circunstancias diversas, y mientras soplaban para la Reforma ráfagas contrarias a su ideal, pero supo mantener con firmeza, y sin violencias el convencimiento que del sistema tenía; persistió y mantuvo sus principios y su finalidad.

Tuvo en el lapso de tiempo en que dirigió sus destinos, contrariedades, que le amargaron íntimamente; no concebía en la juventud de nuestro país la existencia de otro ideal que no fuera el del sentimiento de ¡Patria!, por el que luchó sin desmedro. ¡Anheló siempre hacer obra nacionalista!

De su labor docente y de la orientación dada a la enseñanza en la Facultad, quedan muchas iniciativas, que no desperdiciaron los que el han sucedido en el gobierno de la casa.

En el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires ilustró eficientemente con su labor intensa, desarrollada en el seno de las comisiones más importantes y en los debates que sostuvo en aquel cuerpo, toda la evolución que en estos últimos años ha tenido la vida universitaria, contribuyendo con su espíritu ecuánime a la solución de sus complejos problemas. En todos sus actos, mantuvo con firmeza su claro criterio respecto de la función que le corresponde desarrollar a la Universidad en países nuevos, que, como el nuestro, no sólo han de preocuparse de su prosperidad económica, sino muy especialmente de su desenvolvimiento cultural. Esa misma preocupación guió su espíritu en la labor realizada en la Academia Nacional de Ciencias Económicas, a la que perteneció desde su fundación y de la cual era en la actualidad su digno Vicepresidente.

Ahí inició el sistema de las conversaciones periódicas, sobre temas económicos, que lograron despertar verdadero interés en los círculos comerciales.

No es del caso señalar en detalle la obra tan vasta como erudita del ilustrado varón, pero sí he de dejar constancia de

que ella permanecerá eternamente ligada a la Universidad, a la Facultad de Ciencias Económicas y a las diversas instituciones a las cuales honró con su colaboración.

Su recuerdo estará siempre latente en el espíritu de aquellos que hacen un culto de la verdad, que proclaman la equidad como norma de conducta, que aman al prójimo más que a sí mismo y a su justicia más que a todo, único ideal sublime, propio de los corazones nobles y de las almas grandes.

Con estas palabras que dicta el cariño y el afecto y que tienen por base la verdad que entrañaron todos los actos de la vida del gran maestro, rindo homenaje a su memoria, en nombre de la Universidad, de la Facultad de Ciencias Económicas y de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, cuya representación invisto.

Al dar el postrer adiós a los restos inanimados del que fuera buen profesor y leal amigo, debo manifestar sin formalismos convencionales, que si hay que rendirse con sincera creencia ante los designios de la naturaleza, con igual intensidad debemos lamentar la pérdida de este varón que aun podía dar mucho en provecho del país y de la Universidad.

Fué hijo de su propio esfuerzo, por vocación llegó a lo que era y si, como creo firmemente, la desaparición material de la tierra implica entrar a una nueva vida superior, invoco con fe inquebrantable a la divina Providencia, para que su espíritu nos trasmita su probidad y su saber, utilice los medios materiales adecuados para continuar su obra ¡inspire el bien! mantenga ocupado constantemente el vacío que representa su desaparición, ¡obtenga en su prolongación cuanto en la tierra no ha alcanzado, en el grado que merecía!

* * *

de Juan Carlos Garay

En nombre de la Escuela Superior de Comercio "Carlos Pellegrini", anexa a la Facultad de Ciencias Económicas, el doctor Juan Carlos Garay pronunció la siguiente oración fúnebre:

Desaparece con el doctor José León Suárez una de las figuras más representativas del país y de América. Y el relieve de su fisonomía intelectual se traducía por una verdadera autoridad científica que le daba un ascendiente sobre los contemporáneos por su inteligencia que analizaba y comprendía con sagacidad los problemas sociales y por una gran bondad de corazón que le permitía ser indulgente para con

el error de los demás. Sufrió sin amarguras del desconocimiento y de la injusticia de muchos; y dedicó las mejores horas de su existencia para propagar el saber, fortalecer la idea de justicia, consolidar el concepto de internacionalidad entre sus propios conciudadanos.

Decimos que la idea de internacionalidad impregnó su inteligencia serena; y con una paciencia y un amor incomparables, se consagró a difundir el culto de las patrias. Muy lejos de excluirse, la nacionalidad y la internacionalidad se complementan, como en lo más íntimo del corazón se alían el amor de madre y el amor de esposa. Y como uno de esos corifeos medievales que iban de ciudad en ciudad predicando la Santa Cruzada, Suárez levantó el pendón de la internacionalidad y lo encarnó en el iberoamericanismo.

Fué el propagandista más ardiente, más tenaz y más considerable de ese símbolo de unión, así en la cátedra como en la tribuna pública. Para Suárez, España era el tronco originario de los núcleos de sociabilidad esparcidos en toda la extensión del Nuevo Mundo — núcleos ayer y naciones hoy. — Y la amaba este hombre a España; ¡la quería como se quiere a una madre! Y su prédica elocuente vibró sonora, ardiente, y viril. Está hecha esa prédica de mucha ternura y de mucho desinterés. Era la España de la Edad Media que desfilaba en su ropaje deslumbrador de monarcas avasalladores y de orgullosos señores feudales; era la España descubridora que se cernía en América proyectándose en sus épicos conquistadores, con sus códigos sabios y con sus fundadores inmortales, como son los Lope de Vega y los Calderón, habiendo profetizado en la belleza de sus creaciones que una gran nación se levantaba en el porvenir; era la España actual, elaboradora con la gloria del pasado, con la confianza del presente y con la acción poderosa hacia todos los confines de la labor inmensa de sus hijos, en el campo de las ciencias, de las letras y de las artes, eran — repito — esas diversas almas de España las que animaron la campaña valiosa de Suárez en nuestro país y en el continente.

Es que Suárez comprendía que el nuevo derecho debía forzosamente disminuir la rigidez del concepto de frontera, y poco a poco debía ceder el paso a la idea avasalladora de la independencia y de la cooperación. Se daba cuenta que nuevas fórmulas jurídicas debían presidir a la elaboración social del futuro, y que frente a la sangre y al lugar del nacimiento debía también tener el trabajo su experiencia jurí-

dica internacional por ser el factor maravilloso que mueve en el mundo a los cuerpos y a los espíritus.

Señores:

En nombre de la Facultad de Ciencias Económicas, en su sección Escuela Superior de Comercio, de la cual fué Suárez decano y brillante profesor, despido a este noble amigo que tanto se singularizó por el culto a la belleza jurídica y social. Del escenario americano desaparece un ejemplar rico de inteligencia, de hombría de bien y de previsión. Y que su espíritu — como lo quería el antiguo romano — se agite en adelante en la región de la más pura luz meridiana, ¡que este gran argentino, que este gran americano descanse en paz!

* * *

de Juan B. Eyherabide

El Colegio de Graduados de la Facultad de Ciencias Económicas estuvo representado por el doctor Juan B. Eyherabide, quien usó de la palabra en los siguientes términos:

Señores:

El Colegio de Doctores en Ciencias Económicas y Contadores Públicos Nacionales me ha confiado la dolorosa misión de traer a este acto el homenaje de la profunda admiración y del hondo respeto de los graduados en la Escuela Superior de Comercio de la Nación y de la Facultad de Ciencias Económicas por el Dr. José León Suárez, el talentoso, noble y querido maestro que acaba de desaparecer, cuando de su vida, plasmada en pensamientos luminosos y nobles acciones, mucho podían aún esperar sus discípulos, el país y los suyos.

Circunstancias especiales del momento han determinado mi designación para este cometido que hubieran podido desempeñar con tan justo o mejor título muchos de sus discípulos, profesionales distinguidos que han estado estrechamente unidos al gran maestro por vínculos de continuada amistad y que han venido a traer a este acto el homenaje de su angustia de hijos espirituales y de la dolorida congoja de sus afectos de amigos.

La muerte del Dr. José León Suárez asume en el escenario de la Patria y en los actuales momentos de nuestra evolución institucional, los contornos de una desgracia colectiva. Desaparece con él la figura definida e inteligente de un hombre para cuya apología no hace falta el adjetivo hiperbólico, pues basta para ello con la exposición sencilla de una vida en

la que se concretan las energías, las actividades y las iniciativas de muchas y a cuyo respecto puede hacerse con justicia el raro elogio de afirmar que creó, luchó y vivió por un ideal; de un hombre que, ajeno a las inquietudes de las pasiones políticas que, en el ambiente actual, ocupan el primer plano en las actividades colectivas, tuvo la convicción de que la grandeza nacional sería el resultado de un conjunto de esfuerzos concurrentes de progreso y de perfección interna, y correlativamente de prestigio exterior, de afianzamiento de la situación argentina en el concierto de la vida internacional, haciendo conocer nuestras aspiraciones y desarrollando ante propios y extraños los ideales de concordia, de paz y de colaboración sin reatos, que fluyen de actos expresivos de nuestras aspiraciones colectivas, empezando por el preámbulo de nuestra Constitución y continuando con cada una de las etapas de nuestra evolución histórica, ya se las considere desde el punto de vista diplomático, económico o institucional.

La muerte del doctor Suárez implica la desaparición, en fin, de una gran voluntad, que, consecuente con sus convicciones y ajeno a los halagos y éxitos que hubiera podido y estaba llamado a obtener en otros campos, optó por detenerse en la meditación de los sucesos y hechos que van plasmando la vida internacional, para sacar enseñanzas y enunciar meditados conceptos, cuya aplicación determinaría ese acercamiento social, espiritual, económico y político de los pueblos de Ibero-América, cuya realización constituye quizá y desgraciadamente una utopía, pero que es y ha sido desde los días de la emancipación la preocupación y la esperanza de los más eminentes estadistas del continente.

El gran maestro llevó estas grandes preocupaciones a su luminosa cátedra y desde su pupitre de profesor o su sitial de consejero o de decano de la Facultad de Ciencias Económicas, difundió su teoría americanista, trajo conferencistas extranjeros, políticos consagrados, hombres de ciencias, economistas de primera línea, que nos revelaron algunos aspectos de las preocupaciones de sus respectivos países y llevaron en cambio la impresión de la grandeza de nuestros destinos, fundada no sólo en la potencialidad de nuestras fuentes productoras y en la dinámica de nuestro pueblo, sino en el arraigado concepto de paz, de justicia y de concordia que le animan. Así hizo conocer el Dr. Suárez, fuera de los patrios límites, la esencia del alma nacional; pero no satisfecho con ello, que era mucho, sin auxilios extraños, sin el halago del aplauso popular, ni la ayu-

da oficial, ni el apoyo pecuniario o moral del Estado, tan espléndido generalmente para otras iniciativas menos interesantes, él, por propia determinación y a su costa, emprendió verdaderas cruzadas de paz. Su vibrante, cálido y elocuente verbo de estadista, de sociólogo y de pensador, llevó, cual nuevo San Martín de la concordia americana, la expresión de nuestros sentimientos cordiales al Perú, a Bolivia, al Brasil, a la augusta España que tanto amó, y tan acertados y profundos son los conceptos vertidos en sus conferencias, en sus obras, en los convenios proyectados con su erudita colaboración, en sus folletos sobre historia, derecho, economía y ciencias sociales, que su prestigio de estadista rebasó las fronteras de su patria y los límites americanos, para ser reconocido en su especialización como uno de los más eminentes internacionalistas de la hora actual.

La doctrina de Monroe, esa avanzada del imperialismo norteamericano en los pueblos del Sud, tan peregrinamente interpretada por los utilitarios descendientes de su ilustre enunciador, ha sido ampliamente estudiada, en su génesis, en sus limitados alcances originarios, en su desarrollo, en sus distintas aplicaciones y en sus posibles proyecciones futuras, por el eminente profesor cuya desaparición lloramos. El lanzó su patriótico grito de alerta, ante esta inquietante teoría que la voluntad unilateral de un pueblo aspira a convertir en una ley; contra esta doctrina de propia conservación, que tiende a transformarse subrepticamente en una aspiración de tutela; frente a esta lejana manifestación de ayuda y auxilio, que se trueca de pronto en un peligro y se traduce en una amenaza.

No es mi propósito, ni es éste el momento de referirme en particular a las múltiples facetas de la acción del Dr. Suárez; su simple relación traspasa los límites de un homenaje oral y aun de un artículo necrológico. Su comentario necesitaría, para ser completo, las proyecciones de una obra fundamental, porque originales y fundamentales eran los conceptos orientadores de su prédica y de sus enseñanzas. Ante esta gran luz cuyos destellos se apagaron, bien podrían evocarse las amargas reflexiones de Bossuet, al referirse a la inevitable desaparición de los potestados de la gloria, de la autoridad y de la fuerza. Las potestades del talento y de la sabiduría desaparecen también por sino inevitable, dejando sin timón a quienes, como nosotros, sus discípulos, nos habíamos acostumbrado a recurrir a su consejo sincero, nunca esquivado y siempre leal y orientador.

Señores: para todos los que estamos aquí y sentimos con el corazón apretado por la angustia el dolor de esta separación eterna, sea un consuelo el recuerdo inmortal de sus enseñanzas, de su austeridad y de su patriotismo y que las sabias orientaciones de su espíritu tengan en los años que vendrán una aplicación práctica para el prestigio de nuestra patria, para la gloria de América y para honra de la humanidad.

Sea un paliativo al justo dolor de los suyos esta nuestra pena tan intensamente compartida y piensen sus deudos, a quienes él tanto amó, que en la llama encendida en el altar del hogar se han encendido otras lámparas votivas que alumbrarán mientras la vida nos aliente, el altar que en memoria de su recuerdo hemos levantado en cada uno de nuestros corazones.

* * *

de Isidoro Martínez

En representación del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, el señor Isidoro Martínez pronunció el siguiente discurso:

Señores:

Los estudiantes de Ciencias Económicas sentimos la irreparable pérdida, con el vivo y profundo sentimiento de quienes ven irse al profesor respetado e insustituible que hermanaba en singular armonía, por don especial de su espíritu selecto, la autoridad del sabio y el afecto del compañero.

No pudiéramos ni lo intentamos siquiera esbozar en estas breves palabras su obra vasta y animosa, múltiple pero orgánica dentro de la esfera, en que su genio poderoso y fecundo le llevara a actuar y su versación ilimitada y clara inteligencia le hicieran descollar. Otros lo harán con conocimientos y condiciones superiores.

Pero séanos permitido recordar la figura tan familiar para nosotros sus alumnos, del que, decano de nuestros profesores, tuvo siempre para la Facultad y para quienes allí estudiamos, la cariñosa preferencia de quien ve en ellos parte de la propia obra, a cuyo desarrollo dedicara muchos de sus buenos días.

Maestro de cuantos han cursado las aulas de nuestra casa o lo hacemos ahora, dejó en todos y cada uno de nosotros la influencia bienhechora de su espíritu superior y amplio.

Exponía no con la mecánica indiferencia de quien ve en

la cátedra un empleo cualquiera, sino con la dedicación y entusiasmo del que explica una doctrina, y compenetrado de la alta misión del profesor, hace de su función un sacerdocio.

Su memoria traerá siempre a la nuestra el recuerdo de un hombre que reunió completas cualidades que hicieron de él una personalidad vigorosa, un intelectual de talla, un estudioso de primera fila y un maestro de la juventud, que al asombroso dinamismo de su espíritu, siempre joven, unía condiciones de bondad que fueron proverbiales.

En el maestro y el amigo que lloramos hoy, pierden las ciencias y las letras un cultor inspirado y erudito, la Universidad uno de sus valores más reales, el país un eminente ciudadano y la América todo un esforzado servidor, trabajador incansable del supremo ideal de la paz y la concordia humana.
